

EPISODIOS DE UNA GUERRA INTERMINABLE

LA MADRE DE FRANKENSTEIN



colección andanzas

EPISODIOS DE UNA GUERRA INTERMINABLE

PLAN DE LA OBRA

I

Inés y la alegría

El ejército de la Unión Nacional Española y la invasión del valle de Arán,
Pirineo de Lérida, 19-27 de octubre de 1944

II

El lector de Julio Verne

La guerrilla de Cencerro y el Trienio del Terror,
Jaén, Sierra Sur, 1947-1949

III

Las tres bodas de Manolita

El cura de Porlier, el Patronato de Redención de
Penas y el nacimiento de la resistencia clandestina contra el franquismo,
Madrid, 1940-1950

IV

Los pacientes del doctor García

El fin de la esperanza y la red de evasión de criminales de guerra
y jerarcas nazis dirigida por Clara Stauffer,
Madrid - Buenos Aires, 1945-1955

V

La madre de Frankenstein

Agonía y muerte de Aurora Rodríguez Carballeira
en el apogeo de la España nacionalcatólica,
Manicomio de Ciempozuelos (Madrid), 1954-1956

VI

Mariano en el Bidasoa

Los topes de larga duración, la emigración económica interior y los 25 años de paz,
Castuera (Badajoz) - Eibar (Guipúzcoa), 1939-1964

ALMUDENA GRANDES LA MADRE DE FRANKENSTEIN

Agonía y muerte de Aurora Rodríguez Carballeira
en el apogeo de la España nacionalcatólica,
Manicomio de mujeres de Ciempozuelos,
Madrid, 1954-1956

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2020, Almudena Grandes

© Tusquets Editores, S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Primera edición impresa en España: febrero de 2020

ISBN: 978-84-9066-780-4

Primera edición impresa en México: marzo de 2020

ISBN: 978-607-07-6645-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Índice

0. Por las mañanas, alguien tocaba el piano	13
I. El asombro (1954)	19
II. La compañía (1955)	181
III. La soledad (1956)	351
IV. <i>La madre de Frankenstein</i>	515
<i>La historia de Germán</i> . Nota de la autora	531
<i>Los personajes</i>	551

Por las mañanas, alguien tocaba el piano.

En el pabellón del Sagrado Corazón, donde se alojaban las señoras pensionistas de primera clase, los pasillos eran de tarima, madera de roble barnizada que brillaba bajo la luz del sol como un estanque de caramelo. Cuando la pisé por primera vez, apreciando la flotante naturaleza de las tablas que cedían bajo mi peso para crujir antes de recuperar la firmeza, no me di cuenta de que acababa de recuperar una sensación infantil. El suelo de la casa de mi madre, astillado, negruzco, ya no parecía de caramelo. Había pasado mucho tiempo, más del que yo había vivido fuera de España, desde que lo barnizaron por última vez.

Durante quince años me había esforzado por recordar los colores, las texturas, las sensaciones que había perdido, pero cuando regresé, todo me sorprendía. La rotundidad del sol de enero sobre los campos encogidos por la escarcha, la vastedad de las llanuras secas, la aridez de la tierra, la forma de las nubes, la silueta de las mujeres a las que veía cada mañana recogiendo agua en la fuente de la plaza, sus cabezas humilladas, cubiertas con un pañuelo, pero aquel piano no. Absorto en otro ritmo, el que producían mis pisadas sobre la madera, ni siquiera le presté atención hasta que la música cesó bruscamente cuando pasé por delante de una puerta. Sólo entonces recordé dónde vivía. España no era Suiza, las emisoras de radio españolas no emitían conciertos de piano a las doce de la mañana. Un segundo después, como si quisieran acomodarse con mi extrañeza,

todas las campanas de Ciempozuelos repicaron al unísono para señalar la hora del Ángelus.

Todavía no me había acostumbrado a aquel ritual, el doctor Robles y sus discípulos abandonando cualquier tarea a las doce del mediodía para congregarse en el vestíbulo y rezar con fulminante devoción una oración fragmentada, en la que una hermana pronunciaba unos versículos a los que parecían responder los demás. La primera mañana no entendí lo que pasaba, y seguí hablando hasta que un compañero me cogió del brazo mientras apoyaba sobre sus labios el dedo índice de la otra mano. Él no se arrodilló, tampoco rezaba, pero se quedó quieto, las piernas juntas y las manos cruzadas en el regazo, hasta que los demás terminaron. Dos días después, comprobé que no era el único. Otro psiquiatra del equipo de Robles hacía lo mismo y eso, dejar lo que estuviera haciendo, acudir al vestíbulo, juntar las piernas, cruzar las manos, cerrar los labios, hice yo a partir de entonces. Pero en el pasillo del Sagrado Corazón estaba solo y me limité a escuchar el silencio un instante antes de seguir andando. Cuando llegué al final del pasillo, el piano había vuelto a sonar. Me quité los zapatos, deshice el camino muy despacio y la música no cesó.

Desde aquella mañana, siempre que podía, me refugiaba del Ángelus en el Sagrado Corazón, un edificio de aspecto señorial que parecía menos un sanatorio que un hotel, un antiguo balneario bien conservado, encerrado en un jardín antiguo, frondoso, de árboles altos, podados con sabiduría. Los otros pabellones también tenían jardines, también hermosos pero menos exuberantes, con menos flores en primavera y menos sombra en verano, como si la clasificación de las internas en cuatro clases, según el dinero que pudieran o no pagar, alcanzara incluso a la variedad de tonos del color verde que contemplaban desde las ventanas de sus dormitorios. En estos, la diferencia se marcaba aún más.

El alojamiento de la pianista era de los más caros, no tanto una habitación como una vivienda propia. Un pequeño salón

comunicaba con el dormitorio, al que se abría también un cuarto de baño privado que no pude ver desde el pasillo. A ella la vi sólo de espaldas, sentada ante un piano de pared colocado frente a una ventana, a un lado de la cama. Había abierto la puerta lentamente, con todo el sigilo del que fui capaz, pero tuve la impresión de que aunque hubiera hecho ruido, no se habría vuelto a mirarme.

Era una mujer mayor, con el pelo blanco, muy corto. A la distancia desde la que la observaba, sin traspasar nunca el umbral, aprecié la buena calidad de su ropa, cada día distinta pero siempre negra, tan pulcra como si la hubiera cepillado antes de ponérsela. La limpieza era un atributo raro en una enferma mental, la dignidad, una condición insólita, pero nada resultaba tan extraordinario como el movimiento de sus dedos sobre el teclado. Yo no era un gran melómano, pero había escuchado muchos conciertos en mi vida. Mi madre, que se había ganado la vida como profesora de piano antes de casarse y volvería a hacerlo después de la guerra, nunca había dejado pasar un día entero sin sentarse a tocar. Además, en Neuchâtel y sobre todo en Berna, había tratado a varios músicos y a muchos pacientes que no lo eran antes de cultivar el arte como terapia. Por eso comprendí enseguida que aquella mujer era diferente.

La pianista del Sagrado Corazón no sólo interpretaba como una virtuosa, sino como una virtuosa perfectamente cuerda. La música que brotaba de sus dedos no sólo era exacta, tan fluida y melodiosa como la que producía el piano de mi madre, sino que más allá de su regularidad, la ausencia de pausas y errores, poseía una condición misteriosamente elástica. La pianista del Sagrado Corazón reinaba sobre las notas, gobernaba los acordes como si fueran seres vivos que subieran, y bajarán, y se acoplaran, y se separaran por su propia voluntad. Más que sonidos, creaba un bucle de armonía infinita que parecía haber existido siempre, porque no se detenía, apenas descansaba, cuando daba por terminada una obra y comenzaba otra. La paciente de la habitación 19 del pabellón de primera clase no sólo to-

caba admirablemente un piano en cuya bandeja no reposaba partitura alguna. El teclado y su cuerpo se habían integrado para producir un único instrumento, tan poderoso que sabía reflejar todas las emociones humanas, desde la piedad hasta la ira. Pero aquella anciana vestida de negro aún guardaba más sorpresas para mí.

Por las tardes, alguien leía para ella en voz alta.

Desde que llegué a Ciempozuelos había destinado las mañanas a analizar las historias clínicas de las pacientes que el doctor Robles había sugerido para mi programa. Por las tardes me dediqué a entrevistar a las candidatas, hasta que descubrí que mi criterio no coincidía siempre con el del director del manicomio. Estudié otras historias con la esperanza de completar una lista idónea, y aquel propósito me llevó al Sagrado Corazón un día de mediados de febrero, a media tarde. Pretendía visitar a una interna para explicarle el programa y proponerle que se reuniera conmigo al día siguiente, pero al llegar no oí el piano. El silencio torció mis planes.

Me quité los zapatos y avancé muy despacio hasta la habitación 19. A medio camino distinguí un sonido inesperado, la voz de una mujer joven que cambiaba de entonación rítmicamente, formulando preguntas a las que ella misma respondía a continuación, como si interpretara a dos personajes distintos. Al escucharla fruncí el ceño, pero cuando apenas había tenido tiempo para procesar esa polifonía, otra voz ronca, cansada, deshizo mi confusión.

—Léeme eso otra vez.

La pianista emitió la orden en el tono seco, autoritario, de una mujer acostumbrada a mandar.

—¡Ay, qué pesada se pone usted! —su lectora poseía a cambio una voz bonita de timbre casi infantil, aguda como un cascabel—. Pero sólo un ratito, que es muy tarde, y si me retraso me va a caer una bronca que no vea...

Y repitió un diálogo de lo que supuse que era un tratado filosófico, porque se tropezaba de vez en cuando con la pro-

nunciación de términos griegos cuyo significado seguramente desconocía.

—¡Hala, ya está! —dijo al terminar—. Mañana más.

—No —la dama autoritaria se opuso con energía—. Quédate otro rato, hoy has leído muy poco.

—Que no puedo, doña Aurora, de verdad —escuché el ruido de una silla que se movía, el roce del libro al posarlo sobre una mesa—. Tengo que irme ya.

Intuí que iba a abrir la puerta y retrocedí hasta el centro del pasillo con mis zapatos todavía en la mano. Eso fue lo primero que la lectora vio al descubrirme, pero la anciana la reclamó antes de que pudiera reunirse conmigo.

—¿Vas a venir mañana? —su voz había cambiado para dar paso a la urgencia de una niña pequeña, caprichosa—. Prométemelo, prométeme que mañana vas a volver.

—Pues claro —la joven sonrió, no para mí, y volvió sobre sus pasos para despedirse de la pianista—. ¡Qué cosas se le ocurren! Mañana a las cinco me tiene usted aquí otra vez.

Se inclinó sobre la paciente de la habitación número 19 y ella la rodeó con sus brazos, la apretó tan fuerte como si no estuviera dispuesta a dejarla marchar, apoyó la cabeza en su estómago, el rostro vuelto hacia mí, los ojos cerrados.

En ese instante la reconocí.

I El asombro (1954)

Cuando el taxi se detuvo ante el portal de Gaztambide 21, sentí que me faltaba el aire. El resto de los síntomas se manifestó muy deprisa, antes de que tuviera tiempo para autodiagnosticarme una dolencia que habría reconocido a tiempo en cualquier otro paciente.

—¿Le pasa algo, señor? —el taxista se volvió a mirarme con el ceño fruncido—. Se ha puesto usted muy blanco. ¿Quiere que le lleve a la Casa de Socorro?

—No, gracias —me esforcé por ralentizar el ritmo de mi respiración aunque sabía que la opresión en el pecho aumentaría—. ¿Cuánto le debo? —así aprendí que al controlar la hiperventilación también se disparaba la frecuencia de las palpitaciones cardíacas.

Nunca antes había tenido un episodio de ansiedad. Miedo sí, mucho miedo y muchas veces, durante los bombardeos, en el coche que me llevó a Alicante, en el muelle del que nunca acababa de zarpar mi barco, en la celda de una comisaría de Orán, en el puerto de Marsella y después, en un interminable viaje en coche entre Francia y Suiza. Había tenido miedos grandes y pequeños, de mí mismo y de otras personas, miedo a morir, a que me mataran, a perder el control, mucho miedo, pero nunca ansiedad. Hasta el 21 de diciembre de 1953. Hasta que aquel taxista al que le dejé una propina desorbitada para poder salir a toda prisa de su coche, se paró delante de la casa donde había vivido yo, donde seguía viviendo mi madre, donde ya no vivía mi padre.

Tardé un buen rato en subir. Antes me paré a un lado del portal, dando la espalda a la calle, y abrí la bolsa de viaje para meter la cabeza dentro hasta que logré respirar normalmente. Mi corazón se fue tranquilizando poco a poco, pero la sensación de opresión bajó desde el pecho hasta el estómago y no se movió de ahí. Tenía ganas de fumar, pero el temblor de mis manos me advirtió que no me convenía. Comprendí que sólo tenía dos opciones, entrar de una vez en aquel portal o volverme a Suiza. Como mis piernas querían quedarse, salvaron sin esfuerzo los tres escalones que daban acceso al interior.

En el chiscón de Margarita, aquella anciana destemplada que olía mal pero a mí me caía bien, porque me daba un caramelo cada tarde al verme volver del colegio, un desconocido me miró de través y se levantó de su silla a toda prisa para preguntarme adónde iba. Desde que pisé el andén de la estación del Norte, me había enfrentado a Madrid como a un animal raro, un monstruo sujeto a una metódica, fantástica metamorfosis. Bajo la piel nueva, en algunos lugares aún transparente, de aquella que siempre había considerado mi ciudad, descubrí vestigios de un mundo conocido, aromas, detalles, sonidos familiares que se mezclaban en un paisaje ajeno, indiferente a mi regreso, con otros que nunca habría acertado a imaginar. No sólo habían cambiado las banderas. También el color de los tranvías, los escudos pintados en las puertas de los taxis, los uniformes de los municipales, las chaquetas de los barrenderos, los nombres de los cines, de las tiendas, de las calles, el modelo de las placas donde estaban escritos. Pero mientras explicaba al sucesor de Margarita quién era yo y por qué iba al primero derecha B, me di cuenta de que algunas cosas no cambiarían nunca. La arrogancia que enmascaraba la curiosidad de los porteros madrileños, por ejemplo. La hostilidad con la que se dirigían a los desconocidos. La facilidad con la que su antipatía se trocaba en una sonrisa obsequiosa al identificar a cualquier recién llegado susceptible de darles propina. Muy pronto descubrí que si algunas cosas no cambiaban fuera, otras permanecían inmutables den-

tro de mí. Mientras subía las escaleras, el corazón se me salía por la boca y sin embargo, en el sexto peldaño la realidad se dio la vuelta sobre sí misma, como si los infinitos engranajes de una máquina compleja, delicadísima, encajaran entre sí en un instante para proclamar que, aunque yo no lo creyera, Germán Velázquez Martín acababa de volver a casa.

Podía recordar al menos seis pares distintos. Mis favoritas eran unas chinelas de piel de color rosa muy claro, que dejaban sus talones al aire y enmarcaban los empeines en dos nubes de plumas pequeñas, finísimas, que daba gusto acariciar. Pero hubo más, unas verdes de pana en invierno, en verano unas babuchas de cuero amarillo que mi padre le había traído de Marruecos. Cuando hacía mucho frío usaba otras rojas, forradas por dentro de piel de borrego. Las últimas que se habían grabado en mi memoria eran de color azul marino, como las que estaba viendo en aquel momento, porque antes de que llegara a su lado, ella ya estaba allí.

Las zapatillas de mi madre, un infalible reloj viviente que tenía la costumbre de esperarnos en el descansillo con la puerta entreabierta a sus espaldas, anunciaban su presencia como un amoroso herald. Durante la niñez, cuando me había salido mal un examen o me había pegado en el recreo con algún compañero, nada me consolaba tanto como distinguirlas al fondo de la escalera, ni me desanimaba más que su ausencia. Pero ninguna emoción podía compararse con la que sentí en aquel momento. Quizás porque, a seis peldaños de distancia, distinguí ya el trabajo del tiempo en unos tobillos insospechadamente frágiles, la piel reseca y pálida de unos pies hacia los que corrí con una ansiedad repentina, distinta, que no me oprimía en el pecho pero dolía más.

—Mamá.

La piel de su rostro, tan fina y arrugada como la de mis zapatillas favoritas, me impresionó menos que su melena desaparecida, el pelo ralo y canoso, corto, que transparentaba ahora el contorno de su cráneo. Pero nada me preocupó más que el vo-

lumen que había perdido su cuerpo, la desconocida, huesuda delicadeza de los brazos que me rodeaban, la crueldad del aire que rellenaba el contorno de su cintura, el grito de sus costillas, visibles sobre la ausente redondez de sus caderas. Y sin embargo era ella, seguía siendo ella y estaba allí. Era mi madre y la llamé muchas veces, mamá, mamá, mamá, sólo por escucharme decir esa palabra, por pronunciar dos sílabas idénticas que muchas veces había temido no volver a pronunciar jamás.

—¡Ay, Germán! —musitó mi nombre mientras me abrazaba, y separó su cabeza de la mía para mirarme con una sonrisa abierta, las mejillas empapadas en llanto—. Germán, hijo mío, no sabes cómo me alegro... Ahora ya no me importaría morirte, de verdad te lo digo —y me besó muchas veces en los mofletes, haciendo ruido, como cuando era pequeño—. ¡Ay, cariño! Pero qué bien estás, y qué mayor, si eras un crío cuando... —me tocaba la cara, el cuello, los hombros, como si no pudiera verlos, y se echó a reír, y dejó de llorar—. No me puedo creer que estés aquí, aunque la verdad es que no entiendo... —tiró suavemente de mí para meterme en el recibidor y, aunque cerró la puerta, su voz descendió en un segundo, como un animal bien domesticado, hasta el volumen de un susurro—. Con lo bien que estabas en Suiza, sigo pensando que no deberías haber vuelto.

En la primavera de 1952, la Clínica Waldau fue seleccionada por un laboratorio farmacéutico que trabajaba en el desarrollo de la clorpromazina, un medicamento descubierto hacía sólo unos meses. El primer neuroléptico de la Historia fue recibido con desconfianza por los psiquiatras más prestigiosos de mi hospital, que no acertaron a intuir la magnitud de la revolución que estaba a punto de desatar. Su conservadurismo me dio la oportunidad de dirigir un ensayo clínico que cambiaría la vida de algunos de mis pacientes, y mi propia vida.

Me gustaba ser psiquiatra, pero mi trabajo nunca había llegado a emocionarme. Casi todos los días me sentía igual que un entomólogo que clavara insectos en un corcho, para obser-

var durante cuánto tiempo eran capaces de seguir moviendo las patas y anotar cuidadosamente los resultados, pero aquella experiencia me convirtió en un médico de verdad. La nueva medicación no sólo funcionaba mucho mejor que los electrochoques, los comas insulínicos, los baños en agua helada y otras torturas terapéuticas. La clorpromazina curaba o, al menos, suprimía los síntomas de enfermedades que habíamos creído no poder derrotar jamás. Por eso, para contarlo, fui a Viena en septiembre de 1953.

El día que firmé la primera autorización para que pasara una semana con su familia, Walter Friedli estaba a punto de cumplir cuarenta y ocho años. Había ingresado en la Clínica Waldau a los diecinueve. Cuando lo conocí, a media mañana de un día de enero de 1947, apenas me miró. Levantó un instante hacia mí sus ojos claros, aguados, hundidos en las cuencas, y volvió a fijarlos en sus manos. No le interesaba yo, no le interesaba nada, no le interesaba nadie. Dormía muchas horas. No le dirigía la palabra al personal de la clínica ni al resto de los internos. Pasaba la mayor parte del día sumido en una apatía casi absoluta, sólo interrumpida por la energía con la que negaba de vez en cuando con la cabeza, pero por las tardes sufría enormemente.

A la hora de la merienda, se sentaba en el alféizar de una ventana de la galería. Siempre la misma ventana, a la misma hora, en la misma postura. Entonces sí hablaba, al principio en un murmullo, aunque el volumen de su voz se iba incrementando en proporción al tormento que le causaban las voces que escuchaba. Walter Friedli era esquizofrénico y tenía alucinaciones acústicas. Todas las tardes se peleaba con su madre, que había fallecido de un ataque cardíaco antes de que él cumpliera tres años, pero le culpaba de haberla asesinado. Recibía otras visitas, de personas a las que había conocido, de otras que jamás habían existido, y todas le perseguían con la misma saña, todas le acosaban, le insultaban, le exigían que hiciese cosas que no podía hacer. No puedo, gritaba, no puedo hacer eso, no puedo salir de aquí, sabes que no puedo... Durante un par de horas

argumentaba, gritaba, desafiaba a sus enemigos, luchaba con ellos y, al fin, se rendía. Luego se echaba a llorar, cubriéndose la cabeza con los brazos para protegerse de los ataques del aire, que le dolían más que los golpes auténticos.

En la hora más triste de cada día, el señor Friedli se deshacía en sollozos como un animalillo inerme acosado por una manada de fieras. Así era exactamente como se sentía. Si el cielo estaba nublado, era difícil distinguir el color de las nubes del color de su rostro. Si llovía, el llanto manso, impotente, de su rendición parecía una prolongación natural del agua que empapaba los cristales. El crepúsculo y él se convertían entonces en una sola cosa, siempre la lluvia, la oscuridad, un cielo de nubes negras con forma humana. Ni siquiera los intensos contrastes de las puestas de sol del verano impedían que él siguiera lloviendo por dentro, porque el infierno donde vivía era insensible al clima, a las estaciones, a la luz. Sólo respetaba, con una puntualidad escrupulosa, la hora de su cita con los monstruos. Así vivía el ser más desamparado que yo había conocido, un hombre que estaba sano, que era fuerte, que tenía una hermana mayor que le quería.

Cada domingo, Marie Augustine Bauer, nacida Friedli, se arreglaba el pelo, se pintaba los labios, se ponía su mejor ropa para venir a visitar a Walter. Era una mujer encantadora, siempre amable, sonriente incluso en el instante en el que se sentaba en el alféizar, a su lado, e intentaba cogerle de la mano. Él a veces se dejaba. Otras no. A veces, Marie Augustine le hablaba de la madre de ambos. Le contaba que había sido una mujer muy buena, cariñosa, que le había querido mucho antes de morir durmiendo, sin la intervención de nadie. Walter hablaba con sus propias voces, como si no escuchara la de su hermana, aunque algunos domingos, después de un rato, guardaba silencio y parecía interesarse en lo que oía. Entonces era peor. Entonces la pegaba, la empujaba, la tiraba al suelo, pero Marie Augustine jamás se enfadaba con él. Se levantaba, se arreglaba la ropa, iba un momento al baño y volvía a su lado. Cuando se despedía de

nosotros, sonreía una vez más y nos daba las gracias por cuidar de su hermano.

Por ella, más que por él, elegí a Walter. Cuando la clorpromazina empezó a dar resultados en los pacientes agudos, los que habían ingresado con brotes psicóticos o estados de ansiedad profunda, cuando empezaron a mejorar tan deprisa que ellos mismos me contaban cómo habían evolucionado sus síntomas, y comprendían lo mal que habían estado, y decidían que ya estaban en condiciones de volver a casa y hacer una vida normal, empecé a medicar al señor Friedli. Era un caso previsto en el protocolo. Aunque, en principio, lo que se esperaba de la clorpromazina era que mejorara las condiciones de vida de los agudos, el ensayo contemplaba la valoración de su efecto en los enfermos crónicos. Antes de explicar cómo había cambiado la vida de Walter, hice una pausa y miré hacia los asientos centrales de la octava fila.

En septiembre de 1953, en el simposio de neuropsiquiatría de Viena, intervine en una sesión dedicada íntegramente a los ensayos clínicos de la clorpromazina, junto con cinco psiquiatras de otras tantas clínicas europeas con los que había estado en contacto a lo largo del proceso. No teníamos límite de tiempo. La organización había reservado para nosotros una mañana entera, y ya habían transcurrido casi tres horas cuando tomé la palabra en penúltimo lugar. Sólo en ese momento, una señora rubia y muy alta, como una gigante de formas más obesas que opulentas, empezó a cuchichear en el oído del individuo sentado a su lado. Él era moreno de piel, más menudo, con la frente estrecha tan común en los europeos meridionales y el pelo fuerte, ondulado, muy oscuro aún pese a las canas, más amarillentas que blancas, que lo salpicaban. Al principio, pensé que sería italiano, pero me di cuenta a tiempo de que durante la intervención de mi colega milanés, la segunda de la mañana, había estado callada. Aquella valquiria madura sólo se interesó por Walter, sólo me molestó a mí. Así me di cuenta de que el destinatario de su traducción era español.

La Asociación Europea de Psiquiatría no había invitado a ningún psiquiatra del que jamás dejaría de ser mi país. Su exclusión no sólo representaba una toma de postura contra la dictadura de Franco. Era también una denuncia expresa de las doctrinas eugenésicas patrocinadas por el Estado franquista, y de la férrea aplicación de la moral ultracatólica que, al interferir continuamente con la práctica psiquiátrica, había provocado un dramático retroceso a épocas muy oscuras. Sin embargo, aquella mañana, dos especialistas muy célebres, uno belga, otro alemán, estaban sentados entre el público, pese a que la organización les había invitado a marcharse antes de que empezara el simposio en el que pretendían inscribirse. Aunque todo el mundo sabía que, antes de la derrota de Hitler, ambos habían pedido a los directores de algunos campos de concentración nazis que les enviaran cerebros de personas gaseadas para su estudio, las sesiones de Viena eran públicas y nadie les había impedido entrar a escucharnos. Pero si seguí hablando de Walter Friedli, si traté de transmitir al auditorio la euforia que me invadió cuando empezó a hablar conmigo, cuando me dijo que hacía algunos días que no escuchaba la voz de su madre, que había estado pensando que Marie Augustine tenía razón, que ella no podía acusarle de haberla asesinado, no fue por eso, ni porque la mujer rubia no se diera por aludida cuando dejé de hablar y la miré. Si seguí hablando fue porque el hombre sentado a su lado aprovechó mi pausa para sonreírme, y movió la mano en el aire como si estuviera seguro de que yo le devolvería el saludo.

Al terminar la sesión, me esperaba en el vestíbulo con una sonrisa aún más radiante. Avanzó hacia mí, abrió los brazos y me llamó por un nombre que sólo recordaba haber escuchado antes en otra voz.

—¡Piloto! —era mi padre quien me llamaba así, porque de pequeño quería ser aviador—. ¡Qué alegría volver a verte! Dame un abrazo.

Me dejé abrazar por él sin saber quién era, pero cuando sus brazos me soltaron, la expresión de su rostro, en especial la leve

ironía que la curva de sus cejas imprimía sobre un gesto sorprendido y risueño a partes iguales, me resultó dolorosamente familiar.

—Claro —y le hablé en español, sin pararme a calcular cuánto tiempo hacía que no hablaba en mi lengua salvo conmigo mismo—. Claro, usted era... —hice una pausa para volver a mirarle y estuve ya seguro—. Usted era alumno de mi padre, ¿verdad?

—¡Justo! Pero no me llames de usted, hombre. Cuando levantabas esto del suelo —extendió el brazo con la mano en posición horizontal, para marcar la estatura de un niño de cinco o seis años— me llamabas Pepe Luis, así que...

Aquel diminutivo hizo todo el trabajo. Gracias a él, recuperé la imagen de un chico muy joven, delgado pero atlético, con cierto atractivo agitanado. Tenía los brazos largos, fuertes, y el pecho imberbe en contraste con la sombra perpetua de una barba negra, que se resistía al afeitado con tanta tenacidad como si no adivinara que su espesura sucumbiría al paso del tiempo. Todo eso rescaté de mi memoria pero, antes que nada, recordé que me caía mal.

Entre todos los discípulos de mi padre que solían venir a casa a cenar o a tomar una copa, él era el único que se comía a mi madre, su melena clara, sus costillas mullidas, sus caderas redondas, con los ojos. Volví a verle mirándola, siguiendo sus pasos por el salón con la misma devota fascinación con la que un niño habría mirado el mar por primera vez. Recordé la velocidad a la que se levantaba para ayudarla a recoger los vasos, las risas de ambos resonando desde la cocina, la mueca burlona de mi padre mientras negaba con la cabeza y los celos salvajes, terribles, que me inspiraba su inofensivo galanteo. Cuando se marchaba, mi madre se sentaba al lado de su marido y se quejaba sin dejar de sonreír, joder, qué pesado es Pepe Luis, deberías dejar de invitarle. Él respondía tomándole el pelo, anda, tonta, no te quejes, que en el fondo te gusta... Eso debería haber bastado para serenarme, y sin embargo, nunca des-

perdicié la ocasión de ser desagradable con él. Deja en paz a mi mamá, le decía. Te odio. Le voy a decir a papá que te suspenda. Mamá ha dicho que no quiere que vuelvas por aquí nunca más... Él se echaba a reír y levantaba los puños en el aire como si me invitara a boxear, o me cogía por la cintura para ponerme boca abajo. Entonces le odiaba todavía más. A punto de cumplir treinta y tres años, en el vestíbulo de la Facultad de Medicina de la Universidad de Viena, aquella hostilidad me inspiró tanta vergüenza que acepté sin titubeos su invitación a cenar.

Estábamos alojados en el mismo hotel. Cuando entré en el restaurante, esperaba una larga noche de evocaciones y nostalgia, pero me equivoqué. Su mujer, a la que me había presentado como Ángela pese al fuerte acento alemán con el que me saludó, no nos acompañó. Él no perdió el tiempo en excusar su ausencia, y ni siquiera me dio la oportunidad de disculparme por mi vieja enemistad.

—He venido hasta aquí por ti, Germán —anunció antes incluso de que el *maître* se acercara a nuestra mesa—. La clorpromazina me interesa muchísimo, por supuesto, como a todo el mundo, pero cuando vi tu nombre en el programa, no me lo pensé.

En junio de 1953, José Luis Robles era el director del manicomio de mujeres de Ciempozuelos, un puesto sorprendentemente ventajoso para un discípulo del catedrático de Psiquiatría de la Universidad Central de Madrid, que había sido condenado a muerte después de la guerra y se había suicidado en una celda de la cárcel de Porlier antes de que se cumpliera su sentencia. Pero eso tampoco me lo explicó antes de tiempo.

—Yo entendería perfectamente que me dijeras que no. Después de la muerte de tu padre, ejercer como psiquiatra en España... ¡Joder! No te creas que no lo comprendo. Pero compréndeme tú a mí. Eres un mirlo blanco, Germán, una oportunidad única. Entendería que me dijeras que no, pero mi obligación es intentar convencerte.